



**Raúl Rodríguez Robles**

## **En memoria de José Luis Piñeyro**

José Luis no fue mi profesor en la licenciatura en Sociología de la UAM-Azcapotzalco pero fue mi amigo desde hace más de veinte años. No fui víctima de su “terrorismo académico”. Ya desde entonces no sólo era reconocido como un pilar en la formación de los nuevos sociólogos de la licenciatura en Azcapotzalco sino también como uno de los principales especialistas en Seguridad Nacional del país. En un encuentro de Sociología comentó que existían más de doscientas definiciones de Seguridad Nacional y por supuesto las conocía todas. Él a mí me conocía muy poco y aun así me recomendó ampliamente para obtener mi primer trabajo en la UAM Azcapotzalco donde posteriormente me quedé a trabajar como parte del personal académico. No sería la única vez que él respaldara mi trabajo con su opinión y su prestigio. No sé cuáles sean los recuerdos que otras personas tengan de José Luis pero en mi caso, éstos siempre me hacen sonreír. Conocí al José Luis serio pero mucho más al José Luis bromista. Era inevitable saber que al encontrarlo me esperaban minutos u horas de risas intensas. Cada vez que nos veíamos en el pasillo bromeábamos y pienso que algunas personas no entendían ese sentido del humor ácido y directo que a mí me divertía mucho.

José Luis siempre me invitaba a su casa de campo y aunque nunca fui, jamás dejó de invitarme. Además, siempre me convidó de lo que cosechaba: aguacate, limones, jitomates o ciruelos. Y decía “estos valen más, los cosechó un SNI” y se moría de la risa. Le hacían sira los títulos y se mofaba de los egresados de programas de dudosa calidad. “Ese doctor fue mi alumno, decía”. A partir de ahí, siempre que nos encontrábamos, él me llamaba Doctor y yo a su vez hacía lo mismo.

Un día que fui a su casa de Xochimilco me señaló unas ramitas y me dijo “llévate un ciprés o llévate dos o los que quieras y los plantas”. Me llevé dos y uno se lo regalé a otro amigo. José Luis me dio las debidas indicaciones para plantarlo. “Haces un hoyo como de medio metro de profundidad. Ahí mismo le pones la tierra de la negra. No importa que esté árido y duro el tepetate. El árbol tiene clavo. Va a crecer fuerte y muy arraigado. Con que dure los primeros días se dará”. Me señaló a cuantos metros debía estar separado de edificios y todas las indicaciones necesarias. Así lo hice. Me quedaba la duda de si lo habría hecho bien. Y ese fue el inicio de esa ramita que se sacudía con el aire violento de Atizapán. Se convirtió en un arbolito y ya tiene más de diez años y. Yo me divorcié y el árbol se quedó en la casa de mis hijas. Ellas tienen el encargo de darle de beber y saludármelo. “Ahora está amarillo papá -me dicen- pero no te preocupes, es por la temporada”.

Así era José Luis Piñeyro. No regalaba cosas ostentosas, regalaba una excelente comida, una caminata por la tarde. Compartía el placer de la compañía. Regalaba la vista de un atardecer en Xochimilco. Recuerdo, una ocasión en la cual conmovido por el espectáculo dijo: “cómo no va a creer la gente en Dios con esta maravilla de crepúsculo, Raúl”. José Luis Piñeyro nos regalaba la vida misma.

Hoy que ya no está, siento no haberle comentado, por olvido, una anécdota que refleja lo que él representaba para muchas personas. Decirle como una destacada doctora de la UNAM, conocida mía, ingresó a un programa de posgrado en donde él era profesor, con toda la intención de tenerlo como asesor. Una vez que ella formó parte de la matrícula de alumnos esperaba, como era natural, que Piñeyro la asesorara, considerando que su proyecto de investigación era sobre seguridad nacional; sin embargo, el comité de posgrado le asignó a otro profesor. A la doctora le pareció muy extraño que eso ocurriera. Al cuestionar ella esa decisión, la respuesta del Comité fue que el profesor Piñeyro no era doctor y no podía asesorar a estudiantes de doctorado. La doctora señaló que no estaba en ese programa de posgrado buscando obtener un título, por el contrario, estaba buscando aprender del Mejor. Aclaró que no buscaba un diploma ni estar en esa institución en particular. En un arranque de coherencia y dignidad solicitó su baja del programa. Ese gesto de la doctora fue un homenaje a un grande que quedó en el anonimato como muchos más. Hoy sé que José Luis no tuvo conocimiento de esa situación, de estos pequeños homenajes que se diluían en la cotidianidad. Aunque me queda claro que él sabía que lo reconocíamos como profesor e investigador no tuvo conocimiento de la magnitud de su legado, de todo aquello que no está en su obra escrita pero que marcó profundamente nuestras vidas.

**Raúl Rodríguez Robles**

Mtro. en Sociología y Profesor del Departamento de Sociología

Universidad Autónoma Metropolitana - Azcapotzalco